

Las crisis migratorias y los desaires de Trump han alumbrado un nuevo tipo de protesta

La literatura de los niños perdidos en la frontera

LAURA FERNÁNDEZ, Barcelona
Entre mayo y junio de 2014 llegaron a la frontera entre México y Estados Unidos alrededor de 80.000 menores. Ninguno de ellos iba acompañado. Algunos fueron deportados en 20 días, cuando hasta hacía no demasiado la Casa Blanca daba a esos niños que huían de una muerte segura como la que les esperaba en su país —en El Salvador, Honduras, Guatemala—, dos meses de cobijo. El guardián, esto es, el familiar que podía pedir su custodia en Estados Unidos, tenía entonces dos meses para buscarse la vida: un abogado y pruebas de que si el niño volvía a su país, corría peligro. Pero la Administración de Barack Obama redujo esos meses a 20 días.

“Obama no fue un buen presidente en términos migratorios”, dice Juan Pablo Villalobos. De hecho, a él le llamaron de una ONG ese 2014 para que se personara en la frontera y contara lo que estaba pasando. “Querían un libro con el testimonio de una niña que había viajado con su mejor amiga desde Centroamérica”, cuenta el escritor mexicano. Pero una vez estuvo allí, la familia no quiso que la niña hablara. Su mejor amiga había muerto intentando llegar a la frontera. La asesinaron en México.

Villalobos entrevistó a otro par de chicos. Publicó un relato en inglés y en español. Al poco, su editor estadounidense le llamó para preguntarle si estaría interesado en hacer un libro con historias de esos niños. La voz del niño narrador de *Fiesta en la madrugada* le convertía en la persona ideal para hacer algo así.

“No creo en el activismo literario, es decir, no es lo mío. Me acerqué a las historias de estos chicos con pudor, buscando mi lugar. ¿Cómo iba a contarlas? De la única manera que sabía. Iba a condensarlas, a acercarlas a la ficción. Porque eso es lo que sé hacer. Sé escribir. Ya se encargará el texto de producir los efectos que deba producir”, dice Villalobos. Está hablando del libro que resultó de aquellas charlas: once momentos de las odiseas de diez ni-

ños centroamericanos que lograron alcanzar EE UU, y que se leen como una única historia hecha pedazos, o las piezas de un rompecabezas con final feliz. ¿Su título? *Yo tuve un sueño* (Anagrama). A los relatos les sigue un desgarrador texto de Alberto Arce, autor de, entre otros, *Honduras a ras de suelo* (Planeta), libro que sí es a la vez crónica y denuncia, un intento de contar lo que nadie cuenta. Por ejemplo, que en Honduras se asesina a una mujer cada 20 horas.

Arce es el encargado de subrayar, en el epílogo a *Yo tuve un sueño* que, según el barómetro de las Américas realizado cada año por la Universidad Vanderbilt, en 2017 “más de la mitad de los habitantes del Triángulo Norte tenía miedo a morir asesinado y no usaba el transporte público por te-

Juan Pablo Villalobos reúne las odiseas de 10 menores centroamericanos

Valeria Luiselli y Eileen Truax son otros nombres de esta tendencia



Niños hondureños, el viernes en Pijijiapan (México), en la caravana de migrantes hacia EE UU. / GUILLERMO ARIAS (AFP)

también está pasando. Es algo estructural”, insiste Villalobos. Además del suyo, entre los libros que intentan que nadie desvíe la mirada en ese mientras tanto, figura el de Valeria Luiselli *Los niños perdidos* (Sexto Piso). Luiselli relata, en primera persona, a medio camino entre la crónica y el reportaje, lo que ocurre con los menores no acompañados que llegan a Estados Unidos y añade la más cruda realidad a las casi fábulas macabras de Villalobos.

La también periodista mexicana Eileen Truax hace lo propio con sus ensayos, que publica desde 2013 (*Dreamers: la lucha de una generación por su sueño americano* fue el primero) y que últimamente se han vuelto descaradamente anti-Trump (el último, de 2017, lleva por título *Mexicanos al grito de Trump*).

¿Ocurre algo así en Europa con las crisis de refugiados? Empieza a ocurrir, y curiosamente, el asunto se aborda desde la ficción. Maylis de Kerangal reconstruía, en una noche de insomnio, la tragedia de Lampedusa, en el hipnótico *Lampedusa* (Anagrama), hace dos años. Y desde Berlín, Jenny Erpenbeck acaba de lanzar a un profesor universitario jubilado, el protagonista de su novela *Yo voy, tú vas, él va* (también en Anagrama), a descubrir cómo es el día a día en un campamento de refugiados.

Pero, decía Villalobos, en Estados Unidos la conciencia del problema es mucho mayor. No puede no serlo con Donald Trump en el poder hablando de construir un muro. De ahí que hasta productoras de *blockbusters* como Jenji Kohan utilice su famosísima serie *Orange is the New Black*, que hace al menos dos temporadas ha virado hacia la cada vez más dura y explícita denuncia social, para mantener viva la llama de una injusticia histórica: al cierre de su sexta temporada envía a un personaje clave a un centro de detención de inmigrantes que, a todas luces, se convertirá en motor de su séptima y última entrega. La lucha no ha hecho más que empezar. Otra vez.

mor”. El informe señala que “el 70% de los padres prohíben a sus hijos jugar en la calle”, que “el 60% de los adultos evita salir solo a la calle” y que “casi el 40% de los habitantes de Honduras y El Salvador han considerado abandonar el país por miedo a morir”. Por suerte, apunta Villalobos, se habla ahora más del tema que nunca. Los desaires de la Administración Trump, sobre todo, “el odio” que el presidente “está verbalizando”, dice Villalobos, ha puesto en marcha “todo un mercado editorial”, y no solo editorial. En EE UU, se ha movilizado a personalidades de todos los ámbitos.

“A Europa, la sensación de que algo está pasando llega cuando se produce una gran matanza, o hay un gran escándalo, pero mientras tanto, todo eso que nos indigna,